

Miqui Otero

Simón



Lecturas Blackie - julio 2020



MIQUIOTERO

Simón

*Lecturas
Blackie*

*julio
2020*

Nota del editor

Queridos lectores,

Simón es una novela que es una vida entera. Simón es un niño, un joven, un adulto. Una persona, un personaje, que hemos tenido el privilegio de ver crecer prodigiosamente en manos de Miqui Otero. Miqui se ha vaciado literalmente en este libro, ha sido un proceso de más de dos años, muy intenso, a veces duro, pero lleno de sinceridad y absolutamente gratificante. Este grado de implicación solo es posible con las grandes apuestas, las grandes historias, y esta sin duda lo es.

Simón es una novela como las de antes, pero que solo podía escribirse ahora. En ella encontrarás temas universales como el amor, la amistad y la familia, junto a temas tan actuales como la precariedad, el fracaso de las vocaciones en la rueda capitalista y la búsqueda de la identidad propia. Verás a su protagonista volar muy alto para después caer, y más tarde aprender a caminar de nuevo.

Es una novela emotiva, tierna y tremendamente ambiciosa, y es también un libro lleno de libros (libros anotados que son guías para la vida, libros dedicados que se saben eternos, libros que esconden grandes fortunas, libros que forjan amistades). Es la esperadísima vuelta de Miqui Otero, su confirmación,

y creemos que lo va a aupar a lo más alto de nuestras letras. No sentíamos algo así desde que recibimos *Los asquerosos*.

Esperamos que disfrutes mucho con Simón. Nos hace muchísima ilusión empezar a caminar de nuevo con este libro.

Fragmento 1

Cuando abría los ojos en el entresuelo, expectante ante un nuevo domingo que se despertaba moroso, Simón no olía el café que borboteaba en los fogones ni el frescor de las hojas de los plátanos que esmaltadas por la lluvia nocturna tanteaban la ventana, sino el misterio.

Con las pupilas esforzadas en unos ojos sorprendidos por la luz, lo que debía dirimirse a continuación era la búsqueda de una nueva novela, la que cada domingo le escondía su primohermano en algún punto de la casa. Porque después de salir de fiesta cada sábado, Rico, preciosamente intacto y magnífico por sellado su misterio, le compraba un libro de segunda mano en el rastro dominical del barrio, el mayor mercado de libros de segunda mano de Europa. Luego paraba a tomar un café para templar su borrachera y encendía con sus subrayados frases que eran calambres y pasajes que eran pistas para su primo. Simón debía buscar el libro incluso antes de ponerse ante su Cola Cao con grumos y sus magdalenas de La Bella Easo. A menudo desarrollaba sus pesquisas a partir de un acertijo que Rico le colocaba bajo la almohada o de un camino de flechas marcadas con cinta aislante. La pista también podía estar escondida en alguna noticia del periódico que su padre había dejado en la cocina del piso. A veces, incluso, Rico le chivaba la pista a algún taxis-

ta mañanero y borracho, así que Simón debía bajar al bar familiar y preguntar a los clientes libreta en mano, con la bata de lana como gabardina, si sabían dónde podría estar escondido su nuevo libro. Este juego, que Rico bautizó como los Libros Libres, era la promesa de un juego que ya no habría de acabar: el juego de vivir según las fantasías de profesionales de las vidas posibles, grumetes, músicos y sobre todo espadachines.

—Los Libros Libres, Simón, son como la esgrima: amenazan la vida y la enaltecen a la vez —le decía Rico.

—Ya. —Simón usaba mucho este monosílabo: evidenciaba menos la ignorancia que un no y comprometía menos que un sí.

—Y yo no solo quiero que vivas los libros. Quiero que vivas en ellos.

Fragmento 2

En la Noche de las Azoteas habían volado alto pero, aun así, no fue dura la caída. Planearon sobre las últimas calles y entraron de nuevo en el Baraja intentando discernir si tenían más hambre o más sueño.

Rico chasqueó los dedos y Simón, obediente, volvió a hacer lo que reclamaba ese gesto: se subió a una caja de plástico de Coca-Cola que guardaba al lado de la mesa y se encaramó al tapiz para colocar todas las bolas del billar americano dentro del triángulo. Entonces Rico hizo algo extraño, que, precisamente por el mero hecho de serlo, por desbaratar con un clic la rutina infantil, le encantó a su primohermano: quitó la bola ocho del triángulo de marfil y en su lugar puso ahí la blanca, para romper con la negra. Enfiló bola a bola, sin fallar ni una en menos de diez minutos y reservó la blanca y la negra para el final.

—Hoy lo dejamos así —dijo, y se metió una en cada bolsillo de la americana—. Tenemos curro.

Rico había abandonado los estudios para trabajar algunas horas en el Baraja y en su tabla de compromisos figuraba marcar las tortillas de la siguiente jornada, así que llegara como llegara se arremangaba y picaba cebollas y pelaba patatas antes de acostarse. Le tranquilizaba hacerlo escuchando las noticias de

la radio: mejoras olímpicas, asedio de Sarajevo, novedades en el frente en Irak. A veces se le resistía el sueño y entonces Rico pelaba más tubérculos de la cuenta; la prueba de su desfase no la encontraba al día siguiente en la magnitud de la resaca sino en las patatas que sobraban y que, ya sin piel, se iban tiñendo de negro a lo largo de la mañana en la tina de agua. Ésa, se decía a veces algo solemne cuando despertaba y las veía, era su alma.

Así que pelaban patatas, picaban cebollas y batían huevos, con esa elegancia semimágica del automatismo, pero al levantar la vista Simón pudo ver cómo una lágrima surcaba la mejilla de su primohermano y se abombaba en el precipicio de su nariz.

—¿Por qué lloras? —le preguntó.

—Por nada. Es la cebolla.

Rico podría haberle hablado de moléculas propanotiales y de ácido sulfúrico que atacaban su lagrimal. Y esto hubiese tenido todo el sentido del mundo si aquella noche no hubiese sido Simón el encargado de la cebolla.

Cumplido el trabajo, ya sentados en los taburetes de la barra, Rico cogió una de esas pequeñas servilletas altas en celulosa, de tacto apergaminado, y le dijo:

—¿Qué pone aquí? Simón dice que lo leas.

—«Gracias por su visita».

—Pues ahora mira.

Entonces formó una especie de cono con la servilleta y, sosteniéndola con el índice y el pulgar por el vértice, le prendió fuego por la base abierta.

—Sube, sube y nunca te apagues —susurró Rico, imprimiéndole un clima de hechizo a la escena, con el papel ardiendo—. Si te apagas, que sea en otro lugar.

Prácticamente consumida la servilleta, cuando la llama casi alcanzaba la mano de Rico, el papel, ya sin peso, voló hacia el

techo del bar, como una lágrima de fuego precipitada hacia arriba: un último fulgor y alguna pavesa distraída convertida en ceniza. Simón había presenciado mil trucos como éste: solo los aburridos preguntan por el truco y solo los listos saben cuál es. Pero aún hoy no encontraba explicación. Era imposible que entendiera qué quería decirle Rico. Yo te lo digo ahora, Simón, aunque no sea necesariamente verdad: es mejor no consumirte poco a poco a la vista de los otros; si hay que desaparecer, mejor hacerlo con una reverencia. Regalando un último brillo a quien más quieres. O, incluso, iluminándolo.

Fragmento 3

Un par de horas después lo llevó a unas piscinas olímpicas y, jamás sabría cómo ni de dónde habían aparecido, agitó unas llaves en el aire, le guiñó el ojo y ya estaban dentro. Se sentaron en el césped, Betty sacó dos latas de cerveza de su bolso y le tendió una a Simón. Si ésta hubiera tenido un manual de contraindicaciones para niños que han ingerido ochenta refrescos, casi el número que había ido tomando durante toda la aventura, Simón lo habría leído, porque empezaba a sufrir por su salud.

Pero tiró de la anilla con la espalda apoyada en una pared y abrió la boca ante Betty, que se estaba desnudando. «¿Pero acaso no tienes frío?», pensó tiritando, aunque no lo dijo. Manente en santidad. Cuando ella se quedó en sujetador y bragas negras, su mirada la siguió mientras subía a un trampolín. ¡Ponte a orar!

—De uno a diez, ¿qué nota me pones? —gritó la silueta recortada contra los mil caramelos de neón que eran las luces de la ciudad al fondo.

Y se tiró. Simón casi ni vio el salto pero, con las manos en-garfiándose en la mochila y los ojos cerrados, dijo:

—Once.

Luego abrió los ojos, vio la piscina y pensó en un lago helado enorme, que se empezaba a agrietar como hacen los relám-

pagos con el cielo antes de una tormenta perfecta. Quizá fuera de los libros no se estaba tan mal. Quizás había que seleccionar mejor. Tiritó y sonrió.

Fragmento 4

Todo esto pasaba cuando las calles aún ofrecían cabinas de teléfono, cuando los coches aún avisaban con ráfagas de luz de que detrás venía la policía de tráfico, cuando Simón ya se empezaba a sentir protagonista de su novela.

—Papá, anda, vete a dormir, que es muy tarde.

Simón, arrellanado en el sofá, miraba a su padre, los ojos cerrados y la boca abierta emitiendo un solo de ronquidos de free jazz bastante más virtuoso que cuando soplabla la trompeta. Tan cansado, sandalias de cuero sobre calcetines de rombos: «Hay otras vidas pero no son vida», decía, cuando así calzado descansaba al fin cada día después de cerrar el bar. Sus pies reposaban sobre un taburete de formica naranja y los dedos de éstos apuntaban hacia la televisión. En concreto, hacia la cestita de cerámica repleta de peladillas, recuerdo de la primera comunión de nuestro *héroe*. Simón recordaba perfectamente cuándo había entrado en casa ese objeto y, sin embargo, no recordaba su casa sin él. Siempre le había gustado. Desde hacía un tiempo le parecía un bibelot sin valor, un objeto de baratura kitsch, una trampa nostálgica.

—Sotillos, Solana, Morán...

—Papá, anda...

—Fernández Ordóñez, Boyer, Solchaga... —Ronquido—. ¡Barrionuevo!

Que su padre bisbiseara las primeras ejecutivas de Felipe González entre sueños era tan poco novedoso como que roncara. Hacía un rato, cuando aún estaba despierto, Simón le había intentado preguntar por su hermano Elías, pero él había dicho que estaba cansado. Tan cansado. Tanto que se ahorró hablarle de él. Una vez más. Incluso le había regalado la trompeta del Sastre, por si se animaba a volver a tocar y para buscar cierta complicidad de la que brotara la confianza. Pero nada. ¿De dónde has sacado esto?, le había preguntado con cierta alarma. Simón no pretendía entregarse con su padre a una balada nostálgica, no quería remover la quincalla costumbrista de su pasado familiar. Ni las excursiones al Makro, que eran como los viajes de Gulliver a ese supermercado de mayoristas, a comprar tarros enormes de Nocilla y quesos gigantes. Ni las escapadas a Galicia parando solo para comer tortilla en una tartera en áreas de servicio que olían a gasolina y hierba recién segada. Ni siquiera los domingos en los pinares de Castelldefels cuando iban todos, y todos quería decir todos. Pero cerrar determinados asuntos con su familia era como encajar bien el equipaje en el maletero cuando se empaca el coche para un viaje largo. Y él sabía que estaba cada vez menos lejos de irse.

—Papá, anda, a la cama, de verdad, te vas a hacer daño.

Pero su padre no había querido contarle nada de su hermano. O lo había hecho en su idioma: el silencio. Luego habían estado viendo un programa sobre viajes al espacio, porque en apenas unas semanas el primer astronauta español saldría ahí afuera. Hasta que el sueño por la jornada laboral había fulminado a Lolo frente a la tele encendida.

Años atrás, Rico siempre le ponía a Simón videoclips de un programa de vídeos musicales llamado *Tocata*, con las cuatro rodillas sobre la misma manta espolvoreada de galletas cam-

purrianas, y juntos inventaban idiomas para aquellas canciones en inglés. A Rico le encantaba controlar el volumen y subirlo en los estribillos y acabar canciones demasiado largas en fade out. Lolo, el padre de Simón, dormía ahora, en una época en la que aquel programa ya no se emitía y la cadena MTV aún no había llegado a España. Pero el caso es que la tele emitía vídeos musicales viejos cuando Simón le repitió:

—Venga, papa...

Pero si la tele emitía esos clips era porque Simón había puesto en el vídeo unas viejas cintas de VHS. En sus lomos se leía «Tocata I», «Tocata II», «Tocata III». Play. Lolo había resucitado para ver las tres primeras canciones, pero había caído dormido de nuevo en la cuarta, una en la que aparecían Mick Jagger y David Bowie triscando como cabritas felices y malotas y, escoltados por tambores y trompetas, cantaban sobre noches sin fin. Simón bajó ahora el volumen del videoclip para no despertar a su padre. Y entonces lo vio: esos mismos cantantes, antes radiantes con sus trajes flúor, derramando talento y esbozando morritos, con las cabezas asomando por ventanillas y las boquitas declamando desde ventanas, bajando escalones de tres en tres y desfilando por calles que eran suyas, con las lenguas fuera y encendiendo farolas a su paso, eran ahora ridículos. Sin volumen, sin música, parecían dos lunáticos de camino al psiquiátrico, tan infantiles, tan ridículos, niños mudos. Qué pinta de idiotas. Qué graciosos. Qué triste.

—Venga, papa, de verdad, vete a dormir a la cama... Tienes que descansar.

—Serra, Lluch...

Y entonces fue Simón el que cogió el mando. Y, con la mirada puesta en la cestita de cerámica llena de peladillas, posó el pulgar sobre el signo del más en el volumen y lo mantuvo pulsado durante uno, dos, tres, cuatro, cinco segundos. Pero necesitaba más volumen. Seis, siete, ocho, nueve y diez.

—¡Guerra!

Fragmento 5

—Te lo voy a explicar a través de una historia.

—Como si fueras un rabino. —Simón estaba acostumbrado—. Adelante. —Y le arrebató el vaso para dar un sorbo, sus labios sobre el lugar donde acababa de ponerlos ella.

Ona le contó entonces una historia dentro de otra. Ella la oyó de boca de unos mods de Vilanova, donde tenía otra casa. Todo el mundo la sabía, menos Biel y ella. Su tatarabuelo, del que se decía que había hecho fortuna gracias a la audacia de envolver sus chocolatinas en papeles publicitarios dibujados por artistas modernistas, pero que en realidad la había levantado con el comercio de esclavos y los ingenios azucareros americanos, había aparecido una vez en el pueblo con un negro de dos metros. Los domingos lo paseaba anudado a una correa por la Rambla y bajaba a tomar el vermú con la oliva (y a veces le daba alguna). Lo trataba muy bien y el negro habría hecho lo que fuera por él. Hasta aquel día de feria en que su amo insinuó que se presentara a un concurso de gente comiendo. Comiendo bacalao. El negro, que naturalmente no era noruego, no había probado el bacalao en su vida. Lo sentaron con los seis tipos más gordos de Vilanova y empezó la competición. Los fue tumbando uno a uno. La gente se volvió loca y comenzó a jalear al negro. Coreaban la palabra *xocolata*. «Xocolata,

xocolata, xocolata.» El negro era todo dientes blancos. Todo sonrisa. Incluso cuando lo mantearon. De camino a casa, empezó a sentir una sed inhumana, pero el tatarabuelo Camprubí quería llegar pronto, así que le dijo que ya bebería en casa. En cuanto cruzaron la puerta, se fue a dormir la siesta de orinal y prensa de domingo. El negro se quedó solo y estuvo bebiendo agua durante horas.

—Merecido.

—Sí, pero no lo que le pasó. El bacalao, del que debía haber comido kilos y kilos, se infló en su estómago y lo reventó. Mi tatarabuelo lo encontró mirando la lámpara de araña con los ojos como platos y tirado en la alfombra del comedor. Muerto.

—Hostia. ¿Pero en serio que eso puede pasar?

—Ni idea, pero si lo cuenta la gente es como si sucediera de verdad. Toda fortuna esconde un crimen. Yo leí esta frase en una novela. Y me impresionó tantísimo lo que me contaron esos punkis que me fui a casa llorando y no volví a bajar durante semanas.

—Pero los delitos prescriben. —Yo también lo he leído en una novela, pensó Simón.

—Sí, pero el dinero no. Ése se guarda, a veces se esconde y otras, ni eso. Ni el dinero ni los gestos. Me acuerdo, por ejemplo, de un día que fuimos a comer a casa de un amigo de mi padre, que tenía un casoplón en Castelldefels, donde por cierto ahora vive un jugador del Barça. Y cuando volvimos había gente al lado de la playa haciendo pícnic y mi padre se puso a pitarles con la bocina diciéndoles «Al menos que limpien lo que ensucian, que parece que ese bosque sea su jardín. Yo en mi casa recojo y es mía». Yo era muy pequeña.

—Bueno, es que es verdad. Yo alguna vez he ido a esa playa y lo dejan todo bastante guarro —dijo Simón, que conocía bien esa playa y también los pinares que limitaban con ella, donde había aprendido a patear balones con Rico, donde escuchaban

esos bocinazos y los interpretaban como saludos y correspondían gritando: ¡hasta luego! o, incluso, ¡hasta Lugo!

—Tú al menos tienes que ganarte las cosas. Te has pagado tú los viajes con Biel, ¿no? Gracias a todo eso que haces de las obritas de teatro en el restaurante.

—Sí —mintió descaradamente Simón y ése sí fue como un trago de saliva, la nuez alterándose como una boya en un mar con olas—. Pero yo también lo he tenido fácil. Crecí en un restaurante muy burgués y estudié en una escuela de cocina carísima...

—Simón, no te acuerdas de mí, ¿verdad?

—¿Cómo?

—¿No viste qué cara se me quedó cuando te vi en el apartamento?

—¿Qué cara?

—¡Ésta! —Ona puso cara de bacalao seco, de bacalao con cabellera escandinava—. Tranquilo, que no se lo diré a ellos. Pero yo sé quién eres. Y te conocí en una piscina. En invierno, como ahora. Parece que solo nos podamos bañar en invierno, tú y yo.

—¿Dónde?

—¿Si te digo que mi padre hacía negocios con un cubano que se hacía llamar el Sastre te va sonando?

—Algo más —dijo Simón, que empezaba a enfocar la imagen de una Ona niña en bañador rayado.

—Tú no me hiciste ni caso. Pero a mí me encantaste. Y le pregunté al Sastre. Y me explicó de dónde venías, a dónde querías ir, que teníamos que ser amigos...

—Ya, ya.

—Pero luego no volvió a juntarnos. Aún no sé por qué. Igual quiso hacerlo uno de esos años de intercambio que estudié fuera, con familias de acogida.

—Puede ser. —Simón pensó en el día que le regaló el traje e intentó ceñirlo en un baile agarrado—. Seguro que fue eso.

—Pues eso mismo, que sé quién eres. Aunque tararees música clásica mientras friegas los platos para que te oiga mi padre. Aunque lleves estas pintas pijitas como las de mi hermano. Por cierto, hace frío para llevar mocasines. Ponte calcetines al menos. Aunque sepa todo esto y aunque lleves estos zapatos, no diré nada, tranquilo. Te entiendo mejor que tú. Has tenido que ganártelo todo. Nadie te ha regalado nada. Ni lo has robado.

—Por algo hay que empezar...

—Por eso mismo. Por eso mismo —dejó el vaso— creo que voy a hacer algo.

—No irás a bañarte, ¿no? Que vas borracha y hace frío.

—No, voy a hacer un acto de justicia.

—Adelante.

—De justicia poética.

Y Ona, con las olas al fondo, se abalanzó sobre Simón y besó con mucha torpeza su boca, mordiéndolo demasiado en los labios y con los ojos abiertos, para luego quedarse semidormida sobre su pecho. Así, como un grupo escultórico algo extraño, se exhibían ante el mar cuando llegó Biel.

Fragmento 6

Simón, que no sabía bien dónde meter los secretos que se le acumulaban, regaló ese 23 de abril seis rosas en el Bertsolari para mofa de Remedios. Y si tuvo ese arranque de camaradería en el trabajo no fue precisamente por el buen humor de haber recuperado a su primohermano, sino porque desde que habían despedido a los que timaban a los nuevos el ambiente era otro, mejor, más llevadero.

Simón le contó a Remedios que ese día, la jornada de Sant Jordi, el día del libro y de la rosa, Estela inauguraba su librería. Hacía ya tiempo que hablaba de sus cosas con su compañera de trabajo, pero Estela solo había ido a buscarlo un día desde la reconciliación y había coincidido con el día libre de Remedios. Ésta le reprochó entonces que no le hubiese informado de que tenía amigas interesantes, de las que además fundaban librerías. Interesantes, incluso locas: ¡vender libros con la que está cayendo! Él le dijo que además de interesantes eran inconfundibles, en este caso por el color de su pelo.

—Pelo verde —le dijo—. A veces bromeábamos con eso: ¡Cuidado, pelo peligroso! También la llamaban Calippo porque...

La sonrisa de Remedios se esfumó entonces de un plumazo

y abrió tanto los ojos que lo hubiera perdido de vista de no estar mirando al frente.

—¿En serio? ¿Eres amigo de la misteriosa chica del pelo verde?

No era extraño que Remedios se hubiese fijado en Estela, si tenemos en cuenta el color de su pelo, entre otras cosas. La había visto en algunas ferias de libros autoeditados, pero sobre todo en bares del Eixample. Una vez en que acabaron, sin buscarlo, en la discoteca Arena, estuvo a punto de hablar con ella.

—Llevo muchísimo tiempo encontrándomela en saraos de bolleras. Siempre he querido conocerla, pero me impone mogollón. Es como un alien. ¿De verdad la conoces? —Y lo dijo como lo haría una monja si pudieran presentarle al papa de Roma, aunque con otro brillo extasiado, muy diferente, en la mirada.

—No, me lo estoy inventando. —Y fue muy raro, porque de repente se sintió orgulloso de Estela, como si conociera de toda la vida al presidente de un país próspero o a una cantante famosa—: ¡Pues claro que sí!

—Barra imbécil, ahora sí que me caes bien.

—Pues te voy a caer mejor cuando sepas que tengo permitido llevar acompañante. —Esto era absurdo, pues no se habían extendido invitaciones, pero se permitió un poco de pompa por los viejos tiempos—. Y estaba a punto de pedirte que fueses tú.

Fragmento 7

—¿Rico?

—Simón, nada, por aquí, metiendo unas bolas.

—¿A oscuras?

—Sí, si no es demasiado fácil. Y no quería que me vieran.

—¿Enciendo?

—Como quieras. Mejor no... ¿Cómo estás?

—Mal.

A veces, cuando eran pequeños y lo visitaba en el piso de arriba, Rico no encendía la luz y entonces se hablaban en semipenumbra. Era curioso, porque desde muy pequeño Simón notó que no verse facilitaba que se dijeran más cosas, o al menos más sinceras.

—¿Tú sabías que iban a traspasar el bar? —dijo Simón.

Clac, dijo su bola lila contra la naranja.

—Había visto al de la maleta, al chino, eso lo sabía. Pero no me puedo creer que no me hayan dicho nada —dijo Rico.

Clac.

—¿Rico?

Clac.

—Voy a encender...

—No, no enciendas. Bueno, es nuestra familia, ¿no? Si hay

algo importante que contar, tú tranquilo que no van a soltar prenda.

Clac. Simón había metido una bola.

—Ojo con el taco que aún nos vamos a sacar un ojo —dijo Rico.

—Ya.

—¿Pero por qué estás tan agobiado, Simón?

—No sé, me da pena que cierre.

—No, Simón, lo que te da pena, y te entiendo, croqueta, es que hasta ahora teníamos un sitio al que volver y ahora ya no.

—Bueno, no sé, tú has vuelto a tiempo. ¿Cómo has entrado?

—Siempre he tenido las llaves, aunque no las usara. Siempre he llevado la llave del Baraja colgada del cuello, con un cordel.

—No inventes, Rico. Te toca.

Clac.

—Simón, perdóname.

—¿Por qué?

—Yo qué sé, por todo.

—¿A ti no te da pena que cierren esto? —preguntó Simón.

—Sí, mucho. Pero yo también me doy pena. Puta pena doy. ¿Cómo dicen los actores que fracasan cuando son viejos? Elegí mal mis papeles. Aquí estoy, con mis padres, en edad de serlo yo.

—Nos quieren mucho, aunque no lo digan. Este billar ha estado todos estos años sin la bola blanca y la negra.

—Sí, decir cosas no es lo que mejor hacen.

—Y tú tampoco. Pero lo harás. Vas a contármelo todo. Porque, si no, te vas a ir al hoyo y yo no quiero.

—La ocho a la tronera. Se acaba la partida.

—Prométemelo.

—Claro.

—Dilo: prométemelo.

—Prométemelo.

—No seas gilipollas.

—Te lo prometo.

—Ya está, ¿no?

—¿El qué?

Simón encendió la luz. Fue a la nevera y volvió con dos Ca-
caolats más. Por alguna razón, algún fantasma dijo: «Que ya lo
sé». Nuestro *héroe* se enjugó los ojos con las hombreras y dijo:

—Pues eso, que ya estoy llorando. Cuando todo esto acabe,
vas a llorar.

—Ya, pero aún no lo ha hecho. Lo que te queda por ver,
croqueta.

—Y a ti. Así que calla y vuelve a poner las bolas.

—Simón, es de muy mala educación decir la última palabra.

—Ya, lo mismo digo.

Fragmento 8

Caminaba por las calles engalanadas con bombillas de mil colores: «Si no hay luz, las gallinas no ponen», decía Socorro sobre las guirnaldas navideñas para que la gente consuma. A Simón le gustaría que no le gustaran, pero el caso es que le gustaban y le gustan. Las flores de panot de las aceras del barrio casi brillaban, esmaltadas por una lluvia fina y nimbadas por esas luces. Sonaba un villancico en alguna tienda local y, en los bazares chinos, los papanoeles a pilas se cimbreaban y la gente cargaba bolsas con regalos que ya ni recordaban haber comprado, sus cabezas envueltas en una nube de vaho.

Simón subió en el ascensor de la plaza de toros de Las Arenas, convertida en centro comercial con un mirador panorámico en su cumbre. Esa prótesis arquitectónica, la reforma de la plaza, era horrible desde fuera, pero las vistas desde ella eran bonitas: la rotonda llena de coches, la avenida gigante hacia el museo y la montaña. Encontró a Rico de espaldas, recostado sobre un punto de la enorme barandilla y con seis latas de cerveza (una de ellas en la mano). Nuestro héroe aún se preguntaba cómo era capaz su primohermano de convencer al guardia de seguridad para que lo dejara tranquilo haciendo eso. Quizás sus poderes ya no funcionaran con alguna gente, pero sí con otra. Después de abrirle una cerveza a Simón y tendérsela, le dijo:

—¿Pero tú de verdad crees que con lo que la cagué contigo, metiéndote todas esas cosas en la puta cabeza, yo puedo tener un hijo? —Rico lo dijo como si le hubiera tocado un apartamento en un pueblo costero muy feo que no hubiera pedido.

—También se le llama ser padre. Y no te ha tocado en ningún sorteo. Has comprado los boletos, ¿eh?

—Pero te lo digo en serio: ya me dirás qué le enseño. La primera vez que se quede en el suelo porque no quiera caminar, por ejemplo. ¿Qué le digo? ¿Levántate y anda, que la vida es bonita? Si todo lo que pensaba que lo era, como las canciones, las frases subrayadas, no sirve para nada...

—Igual descubres qué es bonito cuando lo tengas delante... El otro día, Estela me enseñó una frase de un libro: los niños sirven para cuidarlos, para volvernos cuidadosos. No es solo lo que tú le enseñes, es lo que te enseñará él a ti. Rico, ¿no te vas a ir otra vez, verdad? Eso tienes que prometérmelo.

—No. Quiero decir, claro que no me voy a ir. ¿Quieres otra?

—No sé si deberías beber más de una. Ya sabes... La medicación y todo y que igual te da por muchas más.

—Sí, papá.

—Eso lo serás tú.

Los dos primohermanos se rieron, las manos engarfiadas en la barandilla como patitas de águilas viejas, aunque no tenía mucha gracia. No se exigían demasiado. Frente a ellos, la rotonda de la plaza España con sus coches como de juguete girando y tomando una y otra dirección y la contraria. Daban ganas de estirar la mano y coger uno de ellos para jugar a salir volando de la ciudad.

—Vamos cerrando, Rico —dijo el guardia de seguridad.

—Ya vamos —respondió Rico.

—¿Pero cómo coño lo has convencido?

—Tengo mis contactos. Lo conozco de hace años.

—Ya.

—Todo cambia, croqueta. Pero sigo con la misma sensación que cuando era un niño. Tengo ganas de arrancar a correr y no parar nunca. Hasta que alguien me detenga o hasta que me estalle el corazón. No me mires así: no lo haré, ya te lo he dicho.

—Por suerte estás un poco cojo. Te pillaría rápido.

—Sí, por suerte. Un brindis.

—Un brindis por todo lo que nos queda.

—Solo un par de latas.

Fragmento 9

—Un brindis por Candela —dijo el tío Lolo y luego le guiñó el ojo a Rico, como compartiendo un chiste privado.

—Y por Simón —dijo Rico, alzando su copa de agua.

—Por los dos Simón —dijo Beth.

—Y por Rico —dijo éste.

—Por todos los Rico —dijo Rico.

—Y por nosotros —dijo su madre.

—Y por nosotras —dijo su tía.

—Por vosotras —dijo Estela, con sus ojos clavados en los de Dolores y luego en los de Socorro.

—Y por el impulso —dijo Simón.

—Y por la pausa —dijo Rico.

Todos de nuevo en silencio, mientras en la tele se anunciaban turronec antiguos con canciones de siempre, las que hablaban una y otra vez de volver a casa, de regresar por Navidad. Estela le escribió un mensaje a su padre y el resto siguieron así unos segundos, mirándose alrededor de la mesa, con un gesto de emoción no exento de cierta desconfianza, como si estuvieran jugando a las cartas y apostasen dinero o futuro.

—Joder, uno se pasa toda la puta vida odiando los anuncios de Navidad. Porque es que cuanto más te hacen llorar, más falsos son. Más falsos que un duro de madera. Que si volver a

casa, que si todo encaja de repente, que si las sorpresas, que si los brindis con la gente sonriendo que es que parecen de una secta... —dijo Elías, el tío de Simón.

—Ya, pero cuando por fin, por una vez en la puta vida, te toca a ti ser el protagonista de uno, ya te gustan más, ¿no? —le preguntó Lolo.

—Sí, hermano.

—¿Sabéis? —dijo Rico—. Ya no hablo nunca de músicos ni de novelas ni de nada. Pero justo ahora me he acordado de algo. La cosa va de un pianista muy conocido y que tocaba muy bien. Creo que se llamaba Fats Waller.

Un estrépito de petardos detuvo a un perro a la altura del entresuelo de los Rico. Sacudió la cabeza. Luego la levantó y vio una luz encendida en esa ventana.

—Ni idea —dijo el padre de Rico, con el ojo derecho enfocando de soslayo al cantante de la tele.

—Pues bien, la gente se quedaba loquísima cuando tocaba. Algunos picaban con los pies en el suelo o daban palmas y perdían todo el sentido de la realidad, aunque se sentían muy vivos. Él, el pianista negro, era el número uno. Su cara se encendía, como si su oreja fuera un interruptor de una lámpara y alguien le hubiera tirado del lóbulo. Así. —Se tocó la oreja—. Y entonces, en pleno torbellino de teclas, cuando está en el momento más alucinante de la canción, cuando le da a a las blancas y a las negras como si no hubiera mañana, que parece una tormenta de notas, un huracán de ideas bonitas, cuando el piano da la impresión de que va a elevarse y a convertirse en un cohete, cuando sabe que no va a superar un momento como éste, que todo podría empeorar... Entonces mira al público y... ¿sabéis qué les dice?

—No —dijo Simón, aunque sí lo sabía.

—¡Matadme ahora! ¡Disparadme mientras soy feliz!

—Ya.



MIQUI OTERO (Barcelona, 1980) debutó en 2010 con la aplaudida novela *Hilo musical* (Alpha Decay), premio Nuevo Talento FNAC, y dos años después llegó *La cápsula del tiempo* (Blackie Books), que tras ser elegido libro del año en *Rockdelux* y entrar en la lista de los diez mejores de cabeceras como *ABC*, en su tercera edición lleva vendidos más de 10.000 ejemplares. Ha escrito en medios como *El País* y *Cultura/s La Vanguardia*, tiene su columna semanal en *El Periódico*, colabora en *Rac 1* y *Onda Cero* y es profesor de periodismo y literatura en la UAB y en la ESCAL. También ha participado en libros colectivos de ensayo como *Una risa nueva* (Nausicaa, 2010) y *CT o la cultura de la transición* (Random House Mondadori, 2012), entre otros, y en antologías de narrativa como *Última temporada* (Lengua de trapo, 2013), que engloba a la nueva generación de autores españoles. Con *Rayos* se consolidó como una de las voces más sobresalientes e imaginativas del panorama literario español. Ahora, con *Simón*, logra su novela más ambiciosa, más tierna y reivindicativa.